

## 400 AÑOS DE UNA ASOCIACIÓN DE LEGOS

---

ENRIQUE ALCALÁ ORTIZ  
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

---

*Notas históricas de la Real Academia del Santo Entierro de Cristo y  
María Santísima de la Soledad de Priego, 1594-1994.*

Gracias quiero que sea mi primera palabra oficial, pronunciada en este acto de mi discurso de presentación como Académico Correspondiente en Priego de Córdoba de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes. Me siento muy agradecido a la Junta Rectora, al ilustrísimo cuerpo académico y a los señores numerarios don José Valverde Madrid, don Antonio Arjona Castro y don Pablo Moyano Llamas, que suscribieron la propuesta reglamentaria para que este nombramiento, que tanto me honra, fuera posible.

Sin lugar a dudas, en estos años finales del siglo XX asistimos a un renacimiento cofradiero comparable al surgido en Priego y en la provincia de Córdoba en las últimas décadas del siglo XVI, como consecuencia de la reforma de las antiguas órdenes religiosas y, sobre todo, de la influencia emanada del Concilio de Trento. Comparable igualmente al que más tarde, en los años finiseculares del XVII, en pleno barroco, se experimentaría con la fundación de varias hermandades de rogativa, alentadas por las órdenes franciscanas residentes en la ciudad de Priego. Las páginas de nuestro diario provincial a lo largo del año plasman, de una manera continua, la actividad cofradiera; los medios de televisión autonómicos dedican un largo espacio al tema; cada vez más se producen convocatorias de congresos sobre religiosidad popular; y el mundo de la intelectualidad ha entrado en la vorágine del estudio exhaustivo de un colectivo que en el momento actual presenta una tendencia ascendente y se encuentra en un renacimiento y esplendor jamás experimentados.

El 20 de enero de 1994 fue jueves. Haciendo honor al invierno, el día se despertó claro, con un cielo despejado, que había provocado la noche anterior una intensa helada demostrativa del bajo cero marcado por los termómetros. Días antes, la comisión organizadora de la celebración del IV Centenario de la fundación de la Real Cofradía del Santo Entierro de Cristo y María Santísima de la

Soledad de Priego había desarrollado un intenso trabajo de preparación para tener a punto todos los actos programados. En contraste con el tiempo, por sus venas corría la sangre caliente y volaban en bandadas las ganas de hacer las cosas y hacerlas bien.

El interior de la iglesia parecía mayo, a pesar de estar en el primer mes del año. Flores artísticamente colocadas embellecían el blanco del yeso de las paredes y ponían contraste natural en el amarillo de oro y rojo del altar mayor. Acompañaban a la Virgen de la Soledad colocada en el arco del camarín de la Inmaculada, sutilmente tapado con una cortina roja. A sus pies, reposaba la imagen del Cristo yacente sobre módulos del trono de alpaca plateada. Desde la entrada hasta el presbiterio, se había extendido un pasillo de alfombra roja para hacer homenaje a los visitantes y devotos.

La conmemoración de los 400 años se anunció a todo el pueblo llevando a los aires variadas series de cohetes que empezaron a tronar a la una en punto, mientras las campanas volteaban su cuerpo y se unían al estruendo de alegría y gozo provocado por estos cuatro siglos de historia cofradiera.

Los actos culturales habían empezado oficialmente a las cinco de la tarde. Delante de la Capilla de la Virgen, se había instalado interinamente una estafeta de correos para dejar constancia en sobres y certificados el círculo de tinta de un matasellos conmemorativo.

A las ocho y media de la tarde, según estaba anunciado, el hermano mayor invitó a las autoridades asistentes y al numeroso público a salir a la plazuela de San Pedro para celebrar el acto del despliegue del cartel conmemorativo.

En la fachada, sobre ambas ventanas, lucían y ondeaban las banderas de la banda de bombos y tambores, y enrollado, justo debajo de la espadaña de la torre, el cartel protagonista esperando el acto inaugural. Fue desplegado, al alimón, por el hermano mayor y el alcalde de la ciudad. En él se leía el nombre de la Cofradía y la fecha: 1594-1994. Desde ese momento, el IV Centenario se convirtió en una realidad presente y futura.

Cuatrocientos años antes de esta escena, el 20 de enero de 1594, se funda la Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad con sede en la ermita de San Pedro Apóstol de Priego. Promovida por Diego de Alcaraz con el apoyo de otros vecinos y del licenciado Marcos López, Vicario de la Villa, fue aprobada por Bernabé Serrano del Alférez, gobernador de la abadía de Alcalá la Real, en el mandato de Maximiliano de Austria, durante el reinado de Felipe II.

En sus primitivas constituciones, hemos tenido ocasión de enterarnos de cómo elegían sus directivas, cargos y funcionamientos; reconciliación de las disputas; forma de enterar a sus hermanos; la no aceptación de mandas de misas testamentarias (seguramente para proteger y evitar la competencia a los frailes de San Francisco y el clero secular); su fiesta principal del Niño Perdido, con vísperas del sábado, misa y procesión a la iglesia mayor; y una procesión de disciplina el Viernes Santo, con los hermanos vestidos de túnicas negras, capirotos en la cabeza y con la insignia de la Soledad en el pecho, prohibiendo a las mujeres que se disciplinen y pagando la cofradía los gastos de la curación de los hermanos heridos. La sede la fijaban en la ermita del Señor San Pedro que por entonces debía de ser un edificio de reducidas dimensiones, construido a extramuros de la

ciudad, cerca de las murallas del castillo, donde se cree que hubo una antigua mezquita o santuario de los moros.

En los primeros meses del año 1684, siguiendo la anterior fundación de otras asociaciones religiosas similares ya creadas en la localidad, como la del Nazareno y la Columna, se instituye *la Hermandad de Nuestra Señora de la Soledad*.

La Cofradía admite en su capilla a la hermandad de rogativa que se crea con la condición de que al menos vayan 40 hermanos con cirios, con su pendón y gallardete correspondiente alrededor de la imagen de la Soledad en la procesión del Viernes Santo.

Entre los principales fines de esta nueva entidad destacamos la fiestas votivas y las misas de sufragios por las almas de los hermanos y hermanas fallecidas. Al igual que las otras hermandades ya establecidas en San Francisco, la nuestra se suma en mayo al novenario de rogativa con función solemne el último día, alumbrado extraordinario, sermón y procesión por la tarde, estableciéndola en la tercera semana. El Viernes Santo realizan el acto del Descendimiento que debía ser hecho por dos sacerdotes en la iglesia de San Pedro. El capítulo de las misas era muy importante, por cada hermano o hermana fallecido se habrían de decir 34 misas (en 1708 se ampliaron a 50), además de una cada miércoles por vivos y difuntos en la capilla de la Virgen.

Para el gobierno y permanencia de la hermandad, como ellos decían, cada año se celebra un cabildo donde se nombraba una directiva mediante cédulas secretas, al que solía asistir el Vicario de las iglesias (por cuya función cobraba 6 reales) o cualquier otra autoridad abacial. La primera junta de gobierno de la que tenemos noticia es del año 1695 y estaba formada por: hermano mayor, celador, otro celador, depositario, comisario de la fiesta, otro comisario, sacristán, escribano, teniente de escribano, muñidor y 10 cuadrilleros. Más tarde, la palabra muñidor desaparece y se nombra un mandatario, con obligación de ser sepulturero. Además se designa otro sacristán y un gallardete, elegido por votos secretos, para llevarlo en la procesión del Viernes Santo.

Desde 1693 hasta 1727 se celebran 159 cabildos. Por obligación debía hacerse uno al finalizar el año para nombrar la nueva junta de gobierno. Los extraordinarios se realizan tantas veces como son necesarios y dependerán del grado de entusiasmo y vitalismo de ese momento. Así, en 1698, 1706 y 1707 se efectúan 11 extraordinarios, aunque lo normal es una cifra inferior. En ellos se aprueban, sobre todo las entradas y bajas de hermanos, llevando al principio un riguroso control, y otros hechos como expulsiones, apercibimientos, inventarios, certificaciones variadas, pleitos con el convento, creación del escuadrón de romanos y de los profetas, concordia con otras hermandades, solicitud de bulas y misas.

Los 170 hermanos de número debían pagar cuota de entrada, cabo de año para misa de difuntos, limosna para los cultos de mayo y alguna que otra suscripción extraordinaria.

El mismo año de la fundación de la hermandad se hacen los trámites necesarios para llegar a un amplio acuerdo con los frailes del convento. Esto tenía que suceder a la fuerza, porque la comunidad franciscana estaba en obras en la iglesia de San Pedro y necesitaba dinero y además desearían dejar bien atado (para su propio beneficio y supervivencia), todo el conjunto de misas ordinarias, de difuntos,

rogativas, sermones y funciones que la hermandad habría de celebrar y por el que recibirían las limosnas consiguientes. Ésa es pues la primera de las consecuencias que se desprenden claramente del documento firmado en la iglesia de San Pedro el día 11 de septiembre de 1684 ante el notario Salvador de Gamboa y Portillo, que a la larga va a hipotecar los fondos de la hermandad hasta la exclaustración de los frailes en el año 1835, y que provocaría algún que otro conflicto con la comunidad, dando lugar a muy serios pleitos. Estos acuerdos llevaron a la hermandad a un estado de agobio económico y de quiebra endémica, puesto que la mayor parte de su presupuesto se iba en misas y cultos celebrados en San Pedro, dinero que el depositario había de colocar en las manos del síndico conventual.

Por esta razón, cuando se le echaba encima un gasto extraordinario, la hermandad temblaba y se ponía en guardia para defender con todas sus fuerzas el patrimonio común. En julio de 1693, nueve años más tarde de la creación de la hermandad, se produce la muerte de un religioso lego, donado del convento, para cuyo entierro los frailes piden asistencia a la hermandad y que fuera celebrado con las mismas limosnas de misas que los demás religiosos, según se había aprobado en la concordia de 1684. Nuestros hermanos ponen el grito en el cielo y un pleito a las autoridades eclesiásticas que se cierra con concordia, nuevamente muy a favor de los frailes.

En 1716 existe un acuerdo entre la cofradía y la hermandad para admitir sacerdotes que lleven el Santo Sepulcro, y más tarde otro para sacar a los profetas, todo referente a la procesión del Viernes Santo.

Durante muchos años marchan íntimamente unidas ambas agrupaciones. Con motivo de la redacción de unas nuevas constituciones en tiempos de Carlos III se unen en el año 1789, para volver a separar parte de sus órganos directivos en 1821. La unión definitiva se produce en 1859, al aprobar Isabel II nuevos estatutos. Desde entonces, ambas entidades formarán ya siempre una unidad.

La crisis política en la que entra la monarquía española en los últimos años del siglo XVIII y su prolongación en el siglo XIX y los nuevos aires liberales traídos por las tropas de Napoleón y fermentados en la Guerra de la Independencia provocan unas décadas donde nos encontramos mucha laguna informativa, demostrativa de una época de horas bajas y marcha renqueante que termina cuando en 1835 se produce la desamortización del exconvento de San Pedro y nuestros cofrades se ven sin sus frailes franciscanos.

El discurrir cofradiero sin frailes, a efectos expositivos, lo podemos dividir en dos etapas. La primera de ellas desde que se hace el inventario de la desamortización hasta el año 1859, en el que son aprobadas las nuevas constituciones y donde se realiza la unión de la cofradía y la hermandad; y una segunda etapa, más larga, que abarca desde 1860 hasta finales de siglo.

Durante la primera etapa, la hermandad va a tomar el ritmo moderno que la ha caracterizado a lo largo de una centuria y media. Quizás, al quedarse sin los que durante mucho tiempo le habían marcado un rumbo de reminiscencias barrocas y tridentinas, nuestros hermanos cofrades tomaron, puede ser que sin darse cuenta, o dándose, una trayectoria muy diferente a la que hasta ahora habían llevado. Por supuesto, que los principios básicos de lo que es una hermandad de este tipo siguen vigentes, pero los nuevos planteamientos van a iniciar una andadura bas-

tante distinta. Las maneras y la puesta en escena de la cofradía va a ser otra cosa. Durante dos siglos y medio, lo cobrado por cabo de año, entradas de hermanos, limosnas, taza y alguna que otra suscripción voluntaria era empleado en un porcentaje elevado en pagarle a los frailes el cuatrimestre por las misas de los miércoles y más tarde de los viernes en la capilla, las misas de los difuntos, la cera consumida, gastos de Semana Santa, novenario y aceite para las lámparas. Por supuesto que se utilizaban útiles para los pasos de penitencia, pero éstos ocupaban un segundo plano, si exceptuamos las primeras inversiones en el precio de las imágenes y la realización de la capilla, retablo y camarín. Viendo los inventarios del siglo XVIII, nos daremos cabal cuenta de lo poco ostentosos que fueron estos tiempos, sobre todo en lo que es la puesta de los pasos de penitencia en la calle. Los pasos se realizaban más como culto que como derroche de fuerza y espectáculo. Se preocupaban de las misas, de un buen entierro cristiano y de tener su tumba en la bóveda de la cofradía. Se inicia una época de vivir haciendo cosas. De renovar todos los útiles que se caían de puro viejos y de antiguos. Excepto las imágenes, el retablo y capilla, todo se reforma o se hace nuevo.

El brillo de las cosas hace su presencia. Detallar completamente lo llevado a cabo, sobre todo a partir de la década de los 50 cuando empieza un febril proceso de aceleración y actividades, sería muy prolijo y aburrido. No obstante, para dar una cabal idea y valorar este renacimiento que se inicia debemos detallar lo más sobresaliente. En primer lugar se arregla la caja del Santo Entierro. A la Virgen se le compone la corona, se le hace un palio nuevo y un costoso fleco, cuya seda se elabora y tinta en la localidad, así como las varas del palio. Éste se pondrá sobre unas andas totalmente reparadas, doradas y pintadas con trece libros de oro; para protegerlas se le hace una funda y para procesionarla unas horquillas nuevas.

Las otras imágenes, siguiendo un programa de renovación total, también serán remozadas. A San Juan Evangelista se le interviene en unos desperfectos, dorándole la faja del manto; se le fabrican unas andas nuevas que son pintadas y se componen otras para la Santa Vera Cruz, así como un sagrario para el altar. Para la obra, cenefa y pintura del altar de la Magdalena se nombra una comisión especial y se inicia una suscripción voluntaria. No se dejan atrás los símbolos de la Hermandad. A inicios de la década de los 40, se compra tafetán negro para la bandera y se coloca una cruz al gallardete por el que se pagan 100 reales.

El número de hermanos de la cofradía no se elevaba a las varias centenas que actualmente llenan muchas fichas en la base de datos del ordenador. En 1845 estaban dados de alta 137 hermanos y, de ellos, 44 eran presbíteros, mientras que en 1851 son 108 los seculares y 23 los presbíteros.

De estos 137 hermanos activos, los señores eclesiásticos se hacen cargo de la aplicación de misas en sufragio por los cofrades vivos y difuntos, por lo que no pagan sus cuotas, pero la cofradía se ahorra el estipendio. A los sacristanes se les dispensa la limosna pecuniaria, por su trabajo personal, así como a 23 hermanos antiguos que habían contribuido en otros tiempos para los gastos del culto y en la actualidad carecían de medios, quedando pues para pagar 67 hermanos.

Se cobraba por cabo de año 11 reales. La suscripción voluntaria para los cultos de mayo iba de 2 a 4 reales; para ir subiendo con el tiempo a 8 y pasar de los 10 reales.

Un hermano especial era el Excmo. Sr. Duque de Medinaceli, a quien nos encontramos por los años 40 como presidente de honor de la cofradía, pagando de limosna a través de su administrador en Priego, 30 reales de vellón.

Iniciado el renacimiento, va a tener en el cofrade José María Madrid Calderón, abogado y propietario hacendado, un conductor adecuado que encontró la cofradía con hechuras barrocas y la dotó de aires neoclásicos. En otras palabras, fue el artífice de la renovación moderna. Durante más de treinta años de trabajo intenso, la cofradía, que se encontraba en una crisis como la política a nivel nacional, va a experimentar un renacimiento tal que no ha sido superado hasta cien años más tarde.

Lo primero que hace es poner orden en la casa. Con la casa en orden, paralelamente, inicia y consigue para la cofradía una serie de numerosas realizaciones, algunas de ellas ya reseñadas, a lo que se añade la compra de una rica colgadura para los retablos de mayo, arreglo de la roca del camarín del altar de Nuestra Señora y la adquisición de una mesa de altar en buenas condiciones.

Con todo, de su mandato como hermano mayor, hay cuatro hechos más que por el trabajo que costaron conseguirlos, el importe o por las consecuencias posteriores en la vida de la cofradía han tenido una importancia sobresaliente: la confección del rico manto y las numerosas representaciones teatrales que hubo que dar para sacar dinero; la creación de los modernos soldados romanos; el hecho de que Isabel II aceptara ser hermana mayor y protectora de la cofradía, dándole así el título Real; y la redacción de unas modernas constituciones con las que terminó la división hasta entonces de cofradía y hermandad, haciendo de las dos una sola. Fue al artífice de la unión.

Y por si todo lo anterior es poco, a él le debemos que conozcamos con exactitud el origen de la cofradía, pues se enteró de que en la abadía de Alcalá estaban las primitivas constituciones.

Solicita una copia y es la que ha servido de base histórica para poder celebrar el IV Centenario de la fundación.

De esta forma nos detalla la estación de penitencia del Viernes Santo:

“La Procesión del Santo Entierro de Nuestro Señor Jesucristo se ordenará en los términos de costumbre siguientes: Abrirá el paso la fuerza de Caballería de Ejército, seguirá el antiguo pendón de la Cofradía, que llevará el Hermano Mayor; irá detrás la Cruz de esta Cofradía con banda negra, a la que seguirá inmediatamente el Escuadrón de Judíos; a continuación irá la imagen de San Juan Evangelista, y después de ella los pendones de todas las Cofradías existentes por el orden de antigüedad con su acompañamiento de estilo, llevando sus cirios respectivos; se colocará enseguida el venerable Clero con sobrepelliz y estola negra, llevando la Cruz Parroquial y el Santo Sepulcro de la pertenencia de esta Cofradía; seguirá el convite de Caballeros que haga el ilustre Ayuntamiento, llevando el gallardete de terciopelo negro bordado en oro con escudo de la Imagen de Nuestra Señora; marcharán seguidamente los atributos de la Santísima Virgen por el orden que les da la Santa Iglesia en la Letanía Lauretana, y serán llevados en azafates adornados de flores, ya por jóvenes enlutadas con el pelo suelto, o ya por Cofrades vestidos con el traje de penitencia que se acostumbra, según determine la Junta Directiva para cada año; seguirá el nombrado pendón de la Hermandad, marchando detrás

los Cofrades, que irán alumbrando con cirios a la Imagen de Nuestra Señora de la Soledad; seguirá esta Sagrada Imagen, yendo delante de ella el Capellán de la Cofradía con sobrepelliz, estola negra y báculo de gobierno; formará a seguida el Ilustre Ayuntamiento con todos sus dependientes presidiendo la procesión, la que concluirá con un piquete de fuerza de Caballería del Ejército”.

Uno de los síntomas de entrada sin traumas en el siglo XX que se inicia con lógicas reminiscencias decimononas es el hecho de que en el libro de caja se sigue contabilizando en reales y eso a pesar de que casi todas las facturas ya vienen expresadas en pesetas.

En la Semana Santa se organizaban unas letanías, tanto el jueves como el viernes santo, a las que asistía la capilla de música de Enrique Serrano (cobraba 14 reales), y se precedían del pendón llevado por el sacristán Francisco Serrano Ruiz, por cuyo menester le regalaban 6 reales. Al término de ellas, solían repartir unos pastelitos, recién hechos, que se compraban en la confitería de Juan Garzón, costumbre ésta que después recogería la cofradía de los Dolores en el último viernes de su Vía Crucis cuaresmal y vespertino.

En la procesión del Viernes Santo solía asistir la capilla de música, cobrando al principio 75 reales y los componentes del Venerable Orden Tercero que recibían casi la mitad, además de las autoridades, por ser la procesión oficial. Si bien los gastos más importantes, aparte de la cera, se destinaban al escuadrón de los soldados romanos. Viendo las cuentas de esta partida, podremos comprender mejor las que se hacen a nivel nacional donde se llevan un muy importante bocado del presupuesto. Esta escuadra de militares que con mandos, tambores y cornetas sobrepasaba escasamente la veintena, absorbe reales por dos conductos: de sueldos y gastos de mantenimiento.

La primera preocupación de las novenas de mayo era y es el padre predicador, elemento imprescindible y necesario en este período donde el escuchar era un gozo en un tiempo sin medida. Las expectativas, arrebatos y comentarios provocados por algunos de estos sembradores de fervor encendido sublimaron a nuestros paisanos. Siguiendo la tradición de siglos se contratan renombrados grupos de música y canto que engrandecen cultos y procesiones.

Durante el presente siglo, la cofradía presenta tres etapas claramente delimitadas. La primera de ellas concluye con la terminación de la Guerra Civil. Las directivas, formadas por escasos miembros, cambian muy poco de manos, porque era muy difícil encontrar un hermano mayor que hiciera frente a los gastos, para merma de su bolsillo privado, que casi siempre originaban las fiestas de mayo. Casi veinte años permanecerá en el puesto José Serrano Ramos, quien deja la vara hasta que prácticamente ya no podía con ella. Por esta razón, no es raro encontramos a un sacerdote haciendo las veces de hermano mayor, cuando nadie estaba en disposición para ocupar el puesto. Si bien podemos decir que se distinguen en una moderación en los gastos, en estas décadas iniciales se compran dos andas a la Virgen y, en 1922, la soberbia urna actual del Santo Entierro.

Las dos décadas siguientes a la posguerra, la entidad seguirá estando regida por una capa socialmente alta del pueblo, si bien los hermanos mayores procuran desde el primer momento nombrar numerosos oficiales colaboradores para tener cantera para así poder formar sin problemas las futuras directivas.

Por otra parte, después de la contienda, se produce una avalancha, en riada, de inscripciones. Este aumento se mantiene durante más de 10 años y contrasta, por ejemplo, con algunos años de la guerra donde prácticamente no se dio de alta ni a un cofrade. Parece que las promesas y la alegría provocaron este renacimiento.

En estos años la cofradía ya ha asumido el mantenimiento total de la iglesia de San Pedro y realiza numerosas obras con dinero de su propia caja en la capilla de la titular, pavimento y tejados. Aunque a nivel popular lo más sobresaliente fue el arreglo que se le dio a la cara de la Virgen de la Soledad, a la que dieron aires de Macarena.

Al iniciarse la década de los sesenta, un grupo de jóvenes, dentro del seno de la cofradía, se agrupan alrededor de la impresionante imagen del Cristo yacente y poco a poco van creando un conglomerado, con fuerza de imán, llamado Orden de Caballeros del Santo Entierro, que trae un entusiasmo inusitado y un fervor semanatero nunca visto en Priego. En una Semana Santa mortecina, van creando túnicas, estandartes, símbolos, bandas, costaleros, nombramiento de hermano mayor honorario del rey Juan Carlos I y más que nada renacimiento.

Cuando se aplicaron los estatutos de 1977, serán estos caballeros los que ganan por inmensa mayoría e imponen el estilo que la cofradía ha tenido que ir asumiendo. Unificadas ambas directivas, el trabajo en equipo compacto sustituyó a la gestión personal y su resultado ha sido alcanzar una época de esplendor sin paragón en su historia y muy superior a la lograda en las décadas centrales del siglo pasado. Entre todo este renacer hemos de destacar la adquisición de un palio de alpaca plateada, la conservación esmerada de sus útiles y la labor de restauración que la cofradía realiza con el inmueble y mobiliario de su iglesia de San Pedro.

Gracias por esto y porque en el templo reposan silenciosos los restos del conde de Superunda, en 1992 se hizo una reforma integral por parte de la Junta de Andalucía, dejando la iglesia en condiciones para que este grupo de fervorosos cofrades transmitan a sus hijos tan rica herencia y sus descendientes puedan conmemorar con orgullo, como ellos lo están celebrando, otros cuatro centenarios más.